

La amistad

Para Rosa y Luis M^a

Somos un conjunto de carne y huesos, y siendo sólo eso nacemos y morimos. Pero somos, además, un cajón que va guardando recuerdos de lo que aprecia y memoria de sentimientos. Somos, antes incluso que un montón de carne y huesos, seres que aman y que sufren, que sienten emociones y que precisan compartirlas.

Por eso nada hay más inhumano que la soledad. Ya no sólo ante lo definitivo y trascendental, sino ante lo cotidiano y lo aparentemente vulgar necesitamos de la compañía de otros, del contraste de su parecer y de su apoyo, de su voz y de sus oídos. El padre que ve a su hijo pequeño continuamente sentado en el salón de su casa sabe que algo no marcha bien. El hombre que hace solo su camino por el mundo o sufre más o es lo más parecido a una cosa.

De entre todos los sentimientos, ninguno es más abierto que el de la amistad. Nace y muere sin obligaciones, no requiere sangre común ni papeles. Si algunos sentimientos se gastan con el uso, la amistad crece y se fortalece cuanto más se utiliza, y sólo es interesada o efímera cuando no es. Para que los momentos de soledad sean amables y gratos, es preciso tener cubiertas las espaldas del alma con la compañía de alguien que te quiera. Nada es más agradable ni más enriquecedor que ese trasvase de opiniones y sentimientos que conllevan las charlas con los amigos. Pocas manos son más firmes y pocos apoyos más seguros que el de un amigo de verdad.

A los amigos se les necesita y se les quiere. Uno se da cuenta de ello cuando se queda solo o cuando se van. A los amigos se les quiere, pero no es costumbre expresárselo, con lo fácil y lo bueno que sería decirles, como yo hago ahora, os quiero, amigos, os quiero.

Juan Bosco Castilla